

# DE CÓMO NO INFAMAR: REFLEXIONES EN TORNO DEL EJERCICIO DE ESCRIBIR SOBRE VIDAS AJENAS

GUSTAVO BLÁZQUEZ\*

MARÍA GABRIELA LUGONES\*\*

A. J. S. un baluarte de la alegría

*“Nadie –dice Pascal– muere tan pobre  
que no deje algo tras de sí.”*

*Lo que vale ciertamente también para los recuerdos  
–aunque éstos no siempre encuentren un heredero.*

WALTER BENJAMIN, *El Narrador*.

## 1. PARA NO INFAMAR

El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* dice que infamar es la acción de “quitar la fama, honra y estimación a alguien”. Este texto busca problematizar cómo, en la práctica de la escritura de las ciencias sociales, evitamos realizar esa operación substractiva que empodera al sujeto activo de la acción. ¿Cómo no infamar a los sujetos de nuestras investigaciones? ¿Cómo no crear una mala reputación de las personas con las que trabajamos y cómo no ofender su dignidad? ¿Qué hacemos como científicos (pre)ocupados por las vidas humanas cuando, vista de cerca, toda existencia humana puede resultar infame?

Estas preguntas resultan quizá más urgentes para disciplinas como la antropología social que, al decir de su heroico padre fundador, debe ocuparse de los “imponderables de la vida cotidiana” (Malinowski, 1986) ¿Acaso existen actos cotidianos tan inmaculadamente puros al punto que no puedan ser considerados “carentes de honra, crédito y estimación”, es decir infames, según la interpretación de algún sujeto? La situación resulta más compleja cuando, como en este caso, describimos etnográficamente prácticas en “estados de excepción” (Benjamin, 2008) o “estado de sitio” (Taussig, 2000), donde la

\* CONICET-Universidad Nacional de Córdoba.

\*\* Universidad Nacional de Córdoba.

infamia, en el sentido de maldad, vileza en cualquier línea, resulta moneda corriente. El presente trabajo retoma experiencias de varones jóvenes, homosexuales, de camadas medias durante la última dictadura en Argentina. El 24 de marzo de 1976 –con un golpe de estado– una junta militar implantó un régimen caracterizado por el imperio del terrorismo de Estado, la desaparición forzada y la muerte de miles de personas, el robo sistemático de recién nacidos y otros crímenes de lesa humanidad. La dictadura alegaba defender una moral “occidental y cristiana”, y perseguía entre tantos otros “subversivos” a homosexuales, transexuales y travestis.

¿Qué pasaba en ese día a día, en las horas que corrían y en el tiempo que se consumía en prácticas (represivas) rutinarias? Los relatos que vamos a (re)contar podrían adquirir el tono heroico de la resistencia vanguardista o hacerse sospechosos de cierto colaboracionismo pequeñoburgués, considerado propio de las camadas medias. Sin embargo, la fuerza del relato de los sujetos, aquello que según sus dichos “debía ser contado” pero que “nunca fue dicho”, busca hacer estallar cualquier intento de reducción binaria y de lógica maniquea.<sup>1</sup> Vale aquí rememorar y extender a los hombres a los que nos referiremos la afirmación de Juan Gelman, en su *Preludio a Poder y desaparición*, “Pilar Calveiro desmonta la fácil división de los cautivos (2008: 5) en ‘héroes’ y ‘traidores’...”. Y también adoptar las palabras del poeta sobre cómo fuimos moradores de un “enorme territorio concentracionario manipulado por el terror militar” (Gelman, 2008: 6) donde, como muestra en su libro *Calveiro* (2008), los actos represivos fueron posibles por su arraigo en la cotidianidad social.

No se trataría sólo del problema de cómo contar la vida de los hombres (y de sus actos) infames y (re)escribir otra *Historia universal de la infamia*. Nuestra pregunta es cómo no difamar a los sujetos que entrevistamos a fin de producir conocimientos científicos. De cómo no desacreditarlos, de palabra o por escrito, publicando algo que pueda deshonrarlos. ¿Cómo no profanar las vidas narradas que los entrevistados producen a demanda de los entrevistadores?

<sup>1</sup> Sería posible repensar esto en diálogo con lo que Jerome Brunner afirma, retomando a Kenneth Burke, en término de “Su apasionado interés que se orientaba hacia las condiciones necesarias para describir situaciones dramáticas y, [...], en la ‘dramaticidad’ de la narrativa veía reflejada nuestra habilidad para afrontar las dificultades humanas” (2003: 13). En esa dirección, coincidimos con Brunner respecto a la eficacia cultural de tales narrativas que pueden ser consoladoras y a la vez peligrosas (2003: 58).

Para considerar esas cuestiones enraizadas en dimensiones éticas de la etnografía, consideramos necesario reconocer que las palabras que “recogemos” en el campo y forman nuestro archivo son producto de una muy específica interpelación antropológica. Todo un dispositivo, la etnografía, genera las narraciones y experiencias que constituyen el “material de trabajo”. Ese artefacto incluye tanto aspectos rutinarios y técnicos que enseñan los manuales de metodología como relaciones afectivas, compromisos emocionales, el *antropological blues* que rescata y coloca en escena Roberto DaMatta (2010) como parte del oficio del antropólogo.

La entrevista antropológica orienta los poderes de la narración a favor del científico quien se apropia de los dichos y hechos de los sujetos para luego convertirlos en materia prima de sus producciones académicas. Sin embargo, algunos de los efectos del acto de contar, de la performatividad propia de la entrevista como performance, parecen escaparse de esa apropiación científica. A partir de la construcción de una posición de escucha interesada y un tanto *naïve* que realizamos en tanto etnógrafos, se abre para los sujetos la posibilidad de narrar y actualizar una experiencia.

Según discute Walter Benjamin (1991, 2007), el acto de narrar permite completar la experiencia, entendida ésta provisoriamente como los saberes cognitivos, afectivos y pragmáticos transmitidos a través de generaciones que orientan un modo de estar-en-el-mundo. Mientras la novela se preocuparía por “el sentido de la vida”; la narración lo haría por “la moraleja de la historia”. La narración daría cuenta de las formas de lucha contra las fuerzas míticas y su enseñanza –o moraleja– consistiría en dar a conocer que lo más aconsejable es oponerse a los poderosos con “astucia” [*List*], o con un “exceso de coraje” [*Übermut*]<sup>2</sup> (Benjamin, 1991: 128). “El hechizo liberador de que dispone el cuento”, sostiene Benjamin, “no pone en juego a la naturaleza de un modo mítico, sino que insinúa su complicidad con el hombre liberado” (1991:128). Los relatos del narrador no buscarían proveer información y escaparían a toda verificación dado que no la reclaman. Su carácter inacabado, pero también la presencia de la huella del productor, hacen que los relatos contados puedan desplegarse

<sup>2</sup> El término utilizado por Walter Benjamin, literalmente “exceso de valor”. Este sustantivo cubre un extenso campo semántico capaz de incluir sentidos tan dispares en lengua castellana como arrogancia, soberbia, altivez, travesura, alegría desbordante, altanería o petulancia.

mucho tiempo después para generar asombro y reflexión entre los nuevos oyentes o lectores.

Lectores que, en el caso de la escritura etnográfica, reciben la versión producida por el etnógrafo. Y es en este punto donde aparece la responsabilidad ética de los que hemos recibido determinados relatos junto a la confianza imprescindible para que fueran narrados. Voto de confianza depositado en nosotros, los entrevistadores; esperanza firme de que sus dichos serán usados con el debido cuidado. Esta confianza que nos autoriza y obliga es la que queremos honrar, mostrando respeto y consideración hacia sus personas y especialmente, cuestioná(ndo) cómo dar prueba pública de ello en nuestros escritos.

La propuesta que presentamos para no infamar es concentrarnos en la experiencia que los sujetos (re)hacían en gran parte a causa de nuestra intervención.<sup>3</sup> Se trata de focalizar en ese resquicio, radicalizando la empatía propia del *anthropological blues* para pasar a la experiencia del trance,<sup>4</sup> donde se abandona la tristeza, como resabio y color local de la antropología, para ingresar en el *fluir* de la experiencia intentando capturar el movimiento continuo y contradictorio del vivir. No se trataría sólo de objetivar nuestra posición subjetiva y determinar la posición del investigador según sugiere la etnografía crítica (cf. Madison, 2012). Se trata de ir más allá y entender que, como performances, los relatos que forman nuestro material de trabajo no pueden ser subsumidos a interpretaciones finales. La narración no tiene un final, “no pierde su legitimidad ante la pregunta: ‘¿y cómo sigue?’ ” (Benjamin, 1991: 126).

Artefactos, hechos para y con nosotros, las narrativas de los entrevistados corren el peligro de transformarse, en nuestras manos de aprendices de magos, en anales verídicos de un tiempo pasado o ejemplos vivos de categorías y visones del mundo. Ni historia, ni novela, nuestra

<sup>3</sup> Estas cuestiones podrían pensarse desde los aportes de Michel de Certeau (1996) con relación a la memoria en especial con el momento que motoriza la memoria al que denomina “la ocasión” en que el narrador con su relato produce una experiencia que rompe con lo cotidiano.

<sup>4</sup> Género de música electrónica que surge en Alemania en la década de 1990 y que al popularizarse durante los años siguientes dio lugar a una gran variedad de subgéneros entre los cuales se encuentran el Progressive trance, el Goa trance, el psychedelic trance, el Acid trance, el Euro-trance. Más allá de las diferencias estilísticas, el trance se caracteriza por inducir entre los bailarines un estado de euforia, sentimiento emocional de apertura a los otros, de “comunnitas espontánea” (Turner, 1982) y felicidad.

apuesta aquí consiste en tratar, de acuerdo a la apuesta benjaminiana, a los relatos como cuentos de hadas, relaciones fantásticas, ominosas, de tiempos infames poblados de seres malignos.

Ingresar en los relatos que hicimos performativamente con los entrevistados implicará acercarse a ellos como “cuentos de terror y glamur”, para cuya comprensión debemos abandonar la conjunción disyuntiva “o” por la copulativa “y”.<sup>5</sup> No infamar impone, como condición irrenunciable, dar cabida a la contradicción, a la incoherencia y el absurdo para aprehender la “moraleja” embutida en las formas específicas de “astucia” y “altivez” con las que varones homosexuales encararon a los poderosos en una ciudad de provincia latinoamericana durante tiempos dictatoriales. “Y si no han muerto, viven hoy todavía’, dice el cuento de hadas” (Benjamin, 1991: 128) y eso parecen también decir los fragmentos de vidas que vamos a narrar.

## 2. RELATAR

### *La vida según Marcos*

“¡Mirá lo que te estoy contando!  
Yo eso no lo cuento nunca”.

El sol tibio del otoño brillaba sobre los autos de la gran avenida mientras nos dirigíamos a la *maison* de Marcos, afamado modisto de la ciudad, para entrevistarlo por primera vez en el contexto de una investigación sobre las vidas vividas por varones homosexuales durante los tiempos finales de la última dictadura y el renacimiento de la democracia.<sup>6</sup> Una de sus clientas más queridas, relacionada con un amigo

<sup>5</sup> Agradecemos y adoptamos para pensar la vida social la advertencia que María Inés García Canal realizara, durante el “Coloquio sobre Homosexualidades Masculinas”, que tuvo lugar en la Universidad Nacional de Córdoba en noviembre de 2013, acerca de la inconveniencia de analizar la obra foucaultiana en términos de esta o aquella interpretación; y propuso hacerlo en términos copulativos.

<sup>6</sup> Estas reflexiones surgen como desenvolvimientos de diferentes proyectos de investigación en curso, en el marco del Programa “Subjetividades y Sujeciones Contemporáneas” de la Universidad Nacional de Córdoba, sobre formas de sociabilidad de y entre varones de clase media autodefinidos como homosexuales entre el inicio de la última dictadura y el llamado “destape alfonsinista” (1976-1986). La apuesta interpretativa respecto al llamado “ambiente” local de esa década es que no se trataba sólo de espacios

común, nos puso en contacto con este diseñador audaz, original, reconocido por la fina factura y barroquismo de sus creaciones.

Luego de abrirnos la puerta de su departamento, Marcos nos invitó a pasar a un amplio hall para rápidamente dirigirnos a su estudio donde un gran espejo reflejaba los pisos calcáreos de diseños geométricos, plantas de interior, gatos, sillones y más espejos, mientras vestidos lujosos parecían luchar por escaparse de los armarios.

Prendió un cigarrillo. Empezamos a hablar, prendió otro cigarrillo y nos contó que nació hacía más de sesenta años en el seno de una numerosa familia obrera en una ciudad de provincia donde estudió Bellas Artes y que, poco antes de que Perón regresara al país, llegó a la ciudad capital de provincia para continuar unos estudios que después abandonó.

Ésa no fue la primera vez que dejaba su pueblo natal. Unos años antes, y a causa del servicio militar obligatorio, debió partir hacia otros destinos y conoció diversos lugares de la Argentina en compañía de un muy amable teniente coronel, amigo de un coronel que durante el día era más malo que las arañas, pero que durante la noche cambiaba las rígidas botas militares por tacones gigantescos. “Era tan mujer”, recordó risueñamente aunque un poco enfadado.

A Marcos la vida universitaria no le resultó atractiva: “era todo política” nos dijo. Pero la experiencia citadina le ofrecía un mundo de posibilidades: las peatonales, nuevas amistades, la bohemia, el arte, *vernissages*, fiestas, el brillo de la noche y poco después las balas que rebotaban en el monumento al Libertador, mientras atravesaba la Plaza Central. Luego, la dictadura y caer preso “por usar barba completa, poncho rojo y botas por fuera de los pantalones”, (no) tener miedo cada vez que la policía lo detenía. “He caído preso dos veces el mismo día, hasta tres... porque te agarraban por las calles”.

De manera autodidacta Marcos aprendía un oficio, cosía para sus amigas y vecinas, mientras se ganaba la vida como docente. Después llegaron los primeros desfiles, clientes importantes, notas en la prensa local. De a poco, en un país atravesado por la violencia, el joven mo-

---

de homosociabilidades y tampoco configuraban escenas exclusivamente homoeróticas. En cambio, se trataría de espacios sociales no heteronormativos, con participación de mujeres homo y heterosexuales que habrían permitido una experimentación de modalidades de sociabilidad, de erotismo y de estados alterados de conciencia, como formas particulares de subjetivación. Esos proyectos contaron con el apoyo económico de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba y el Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Provincia de Córdoba.

disto homosexual se hacía de un nombre en el mundo de la moda de provincia.

Un día llegó la invitación para participar en un gran desfile de moda en un lujoso hotel de la ciudad capital del país que sería transmitido por la TV nacional. Las más importantes *top models* del momento y algunos diseñadores que trabajaban para grandes casa como Dior o Channel estarían presentes. Aquella noche de 1981, el éxito de Marcos fue arrasador; sus creaciones deleitaron al público y una de las organizadoras lo invitó a almorzar a su casa. Al día siguiente, él, un joven modisto del interior, estaba parado frente a un lujoso edificio en un elegante barrio porteño. Tocó timbre, esperó, y se acomodaba el cuello de la camisa cuando la mucama con su cofia y delantal blanco le abrió la puerta. Pasó al living, donde la dueña de casa lo recibió con un fuerte beso, muchas felicitaciones, y le dijo: “Te presento al general Videla”.<sup>7</sup> “Yo me ca... casi me caigo”, recordó Marcos. Impresionado y con miedo siguió adelante y se sentó a la mesa donde había varios comensales: “toda gente muy conocida”.

La velada se transformó en una experiencia ominosa donde se combinaban el lujo, la sensación de éxito, la elegancia con el miedo, el terror, la posibilidad de morir.<sup>8</sup> “Por ahí me quedaba atragantado, pero tampoco me podía levantar e irme porque me pegaban un tiro en la puerta y corrías ese riesgo, siempre tenías que ...”. Marcos se sabía cercado, amenazado, pero al mismo tiempo fue muy bien tratado. “Videla me preguntó que ‘¿cómo está?’ o ‘¿le van bien sus cosas?’”. Eran personas de doble cara.” Él ya conocía ese carácter bifronte, la doble moral de botas y tacos del coronel o la sospechosa amabilidad seductora del teniente coronel. Pero esta vez, por lo familiar de la situación y el terror que emanaba del dictador, el encuentro resultó mucho más siniestro.

<sup>7</sup>Jorge Rafael Videla (1925-2013) fue un general y dictador argentino. Estuvo a cargo del Poder Ejecutivo Nacional entre 1976 y 1981 por designación de la Junta Militar que encabezara el golpe de Estado. Videla fue (primero en el Juicio a las Juntas en el inicio de la “transición democrática” y, luego, en numerosos procesos judiciales en la última década) juzgado y sentenciado por crímenes de lesa humanidad.

<sup>8</sup>Sigmund Freud en su artículo “Das Unheimliche” de 1919 caracteriza lo ominoso como una forma de terror relacionada con lo que nos es familiar o conocido desde hace tiempo. El término, muchas veces traducido al castellano como siniestro, incluye en lengua alemana el sustantivo *Heimliche*, familiar, y señala una variedad de la experiencia terrorífica que Freud reconoce en figuras de la literatura fantástica como el doble, las figuras de cera o los autómatas, y asocia con la angustia de castración.

Al narrar aquel almuerzo entre bellas modelos, vetustas señoras y dictadores asesinos las frases de Marcos se llenaban de silencios y su discurso, como un viejo abrigo de lana, aparecía comido por las polillas. Las oraciones y muchas veces las palabras comenzaban pero se detenían antes de hacer sentido. “Y yo... yo estaba... sí. Primero porque me habían... Claro, cuando lo vi ... Primero ... que de cualquier manera ... en ese momento era el presidente. Pero sí, sí.. Entonces yo... y que después que.. no. No. Sí”.

Tiempo después, Marcos volvió a encontrarse cara a cara con otros jerarcas del régimen dictatorial. De acuerdo con su relato, un día golpearon a la puerta y cuando abrió se presentó un hombre que le dijo: “Yo soy el Sr. C.”, que era teniente general del Ejército, y “traía a su hija para que le hiciera el vestido de novia”. En otra oportunidad, y con los mismos intereses, se presentó el jefe de la Policía.

Los encuentros con esos altos mandos militares también aparecían cubiertos por un halo que conjugaba lo siniestro y lo familiar, maneras civilizadas y gestos brutales, buen gusto y ametralladoras. Al recordar a uno de esos jefes, Marcos comentaba: “Era un tipo que si vos lo ves decís: ‘Éste no mata a un canario’. Muy, muy, amable; muy atento. Yo iba a la casa, para hacer las pruebas de los vestidos. Era un departamento donde tenía todas las medallas, un montón de armas y cosas de plata, teteras y fuentes de plata, y todo lo que vos buscaras, porque él coleccionaba todo lo que fuera plata”.

Y al mismo tiempo estaba el temor, los guardias armados, el peligro inminente, “vos sabías quiénes eran”. Otra vez el discurso se quebraba, las frases se entrecortaban y predominaban los silencios al contar experiencias como cuando formó parte del cortejo nupcial de la hija de uno de estos dictadores. La caravana de vehículos incluía “un Falcon verde, todo con tipos con armas” donde viajó cercado “por dos custodios con arma, con la ametralladora entre las piernas, y el que manejaba armado hasta los dientes. Y atrás iban otros dos autos también armados”.

Las gasas y sedas de los trajes de novias se mezclaban con la grasa de las ametralladoras, el betún de las botas militares, el brillo de las condecoraciones, la plata coleccionable y la pedrería de los vestidos de las madrinas. Esa experiencia ominosa, bifronte, se daba, como recordaba Marcos, bajo la bendición de las autoridades eclesiásticas. “Estaba el arzobispo que era un asesino... igual que los otros.... Más puto que las gallinas y después quería matar a todos los gays.”

Clientes como éstos llegaban a partir de las relaciones con miembros de la burguesía local formada por comerciantes prósperos, profesionales liberales de renombre y agentes de cuerpos consulares que recomendaban y podían pagar su trabajo. Toda una red de relaciones de parentesco, escolares, barriales, comerciales y espacios de sociabilidad religiosos y culturales conectaban a los miembros de las élites cívico-militares. Marcos se había hecho conocido entre esas familias, los bienudos, a quienes además de vestir en ocasiones especiales ayudaba en actividades como desfiles “a beneficio” de instituciones como Ligas de Madres de Familia, Asociaciones Católicas, el Rotary Club, que necesitaba para promocionarse y conocer nuevas clientas. Progresivamente, su área de influencia se extendía y comenzó a coser también para las élites provinciales del noroeste a donde viajaba “con todos los gastos pagos”. Con orgullo y cierta añoranza recordaba: “He llegado a tener doce vestidos en un mismo día, imagínate que por cada novia también tenías las madrinas y hacía un cálculo: siete u ocho vestidos por novia. Y acá se forraban los zapatos, se hacían los guantes, todo, todo”.

Esa participación en el mundo de la alta costura, las galas benéficas, los desfiles elegantes y la interacción con miembros de las élites se daban junto con las detenciones policiales continuas, los allanamientos a su casa, “Veían que vos eras gay”, contaba Marcos “y te paraban, te pedían documentos, y el documento no servía para nada, ahí no más te llevaban para averiguación de antecedentes, o sea que te chupaban, te marcaban los dedos, te chupabas adentro 24, 48, 3 días, 15 días, según quien era el comisario, la Seccional donde vos caías”.

Las relaciones laborales y de interconocidos con los poderosos no resultaban de mucha utilidad a la hora de escapar de los insultos policiales y la tortura en el calabozo. Si bien haber almorzado con el dictador, vestido a la hija del teniente general o a la mujer del brigadier no ayudaba demasiado, tampoco eran elementos neutros. Marcos trataba de explicarnos esa compleja dinámica aunque, una vez más, su discurso se poblaba de ausencias, palabras a medio decir y frases incompletas: “lo que pasa es que nosotros (y nombra a varones homosexuales que trabajaban en la organización de fiestas de casamientos, reuniones sociales y otros eventos para la élite) teníamos también... a ver... como una... yo... como que... como uno trabajaba para gente de .... ellos mismos...”. La participación como prestadores de servicios domésticos para las élites, distinguidos por ser árbitros de la moda y el

buen gusto, no evitaba a sujetos como Marcos las detenciones callejeras pero permitía en determinadas ocasiones atenuar su duración o sus efectos.

Marcos recuerda una oportunidad en donde puso a jugar a su favor ese capital social. Un día se presentó a su domicilio una persona vestida de civil, que él intuía que era policía y que le comenzó a pedir dinero a cambio de “no ponerle droga” y llevarlo detenido por posesión de estupefacientes. “Saca el arma y empezó que quería dinero, y yo que no tenía, que no tenía, que no tenía. Y ‘yo sé que vos andás en drogas’, que ‘por qué tenés esa valija’ y yo: ‘que porque vengo de Río de Janeiro’, entonces que ‘vos conoces lo que es el crack, lo que es el popper, vos sabés lo que es’, un montón de drogas que ni se conocían. [...] Me daba un montón de datos, el tipo me venía siguiendo desde hacía mucho tiempo”.

En medio de la peligrosa situación Marcos llega a un acuerdo con el delincuente. “Quedamos que venía esa noche a buscar el dinero. Yo estaba tranquilo y como a las cinco de la tarde me empezó a agarrar el terror de nuevo”. Entonces llamó por teléfono a una clienta, miembro de un cuerpo diplomático, y le dijo: “¡Ay chilena!, tengo que decirte una cosa que me está pasando. Entonces me dice: ‘ya voy para allá [...] vamos a hacer la denuncia a la policía pero yo lo voy a poner como de la Embajada de Chile’”. La Policía intervino de inmediato y montaron un operativo de ribetes cinematográfico, según el relato de Marcos. Sin embargo, el extorsionador pudo huir. Dos días después lo atraparon y resultó ser “un capo, un jefe máximo de drogadicción, de Drogas Peligrosas de la Policía. Le había hecho eso a un montonazo de gente. Yo me acuerdo que estaba en los baños de un bar céntrico donde los gays iban a tener sexo. Entonces él tenía droga encima, entraba al baño y te decía: ‘dame el reloj o la plata que tenés, si no te pongo droga’”.

El relato de Marcos continuó con el juicio que se llevó a cabo contra el acusado quien fuera denunciado por más de setenta personas. Fue en ese ámbito donde Marcos sacó a relucir sus relaciones. “Yo decía: ‘yo tengo personas que ...’ y el juez me dijo: ‘¿por qué no pidió ayuda, no tenía a nadie a quien pedir ayuda?’. ‘Sí’, le digo, ‘pero a mí no me gusta molestar a la gente’ y entonces el abogado de él me dice: ‘¿y que gente importante o conocida puede tener Ud. para molestar o que le puedan ayudar?’. Le digo: ‘¿le tengo que contestar?’ Y el Juez me dice: ‘Sí, por supuesto’. Entonces le digo: ‘y por ejemplo el Jefe de Policía, el Teniente General’ y cuando dije eso me dice: ‘y dígame,

con semejantes personas que conoce no podía pedir ayuda'. 'No', le digo, 'porque todavía creo en ustedes que son la Justicia' ”.

Todo el episodio, digno de una crónica del reconocido escritor y performer chileno Pedro Lemebel, permite observar cómo, sin solución de continuidad, aquellos que participaban de la represión estatal y crímenes de lesa humanidad también cometían delitos comunes. “Ahora mirá”, se asombraba Marcos, “un capo en esa época haciendo semejante trabajo chico”.<sup>9</sup>

Esa doble faena tenía por objeto privilegiado a determinados sujetos, en este caso varones homosexuales, que por su condición subalterna no tanto de clase-raza sino sexual resultaban más vulnerables y “naturalmente” sospechosos, infames. Sin embargo, algunos de esos sujetos pudieron desafiar la infamia de la última dictadura. Indefenso y dispuesto a pagar la extorsión, en esa condición límite cuando le “agarra el terror de nuevo”, Marcos acciona su capital social y, apoyándose en el peso específico de una clienta, enfrenta al policía-delincente con la propia fuerza del Estado terrorista.

El acto desesperado de Marcos da cuenta de cómo las relaciones entre modisto y clientas trascendían la mera transacción comercial. Todo un juego de intercambios, comenzando por el brillo distinguido y glamoroso que él podía otorgar o quitar a su antojo, formaba parte de esa relación. “La gente tenía la seguridad de lo que tenía, el vestido, era exclusivo”, recordaba Marcos para luego continuar “Yo era famoso por lo malo... las maltrataba (a las clientes), les decía: ¡pará la cabeza! ¡te vas! Las echaba, ¡No. No te hago el vestido!” Ese poder invaluable ubicaba al nosotros del cual Marcos se decía parte en una posición que les habilitaba molestar a su cartera de clientes para pedirles favores personales.

En el contexto del juicio, será sólo bajo la orden del juez que Marcos mencione los nombres de sus conocidos que, de manera ominosa e infame coincidían con el de torturadores. Esta vez, la movilización de su capital social no buscó tanto resolver una situación peligrosa como poner en evidencia la falta de justicia. Si hubiese habido justicia, parece decirle Marcos a Su Señoría, no sería necesario realizar esas citaciones y traer esos nombres a escena.

<sup>9</sup>Según otros relatos, ese tipo de extorsión a partir de la acusación de posesión de estupefacientes eran frecuentes en la época. La criminalización de determinados sujetos con prácticas homoeróticas y/o performances de género ostensiblemente amaneradas fueron encaminadas bajo esos tipos penales, como veremos en el relato de Juan.

Resulta preciso destacar cómo ante la urgencia de defenderse frente a un delito extorsivo, Marcos privilegia su relación con una mujer heterosexual a quien conocía en la intimidad de su cuerpo, a partir de la tarea de vestirla. En tanto que en el contexto judicial, más performático y a la vez menos urgente –dado que él no era el acusado sino una de las víctimas del delito–, Marcos aportó los nombres del teniente general y del jefe de Policía, varones a quienes conocía menos íntimamente y que, como él bien sabía, tenían una doble cara. Hacer públicas esas relaciones era una forma desafiante, audaz como sus diseños, de hacer visible esa doble moral según la cual los mismos agentes que exterminaban prácticas y sujetos homosexuales necesitaran de ellos para, bajo ciertas circunstancias y en momentos específicos, cubrirse de glamur, belleza y buen gusto.

La experiencia que nos confía Marcos muestra cómo, bajo ese estado de excepción, algunas veces era posible cultivar la “insolencia” y la “altivez” mientras que en otros momentos, cuando agarra el terror, era conveniente, ser un poco menos valiente, y con “astucia” tratar de poner el juego a su favor para salvar el pellejo.

### *La vida según Juan*

*Escúchame bien, para que veas que  
tengo que hacer un libro, una novela...*

Sentados en un sillón del living comedor de su casa, entre continuas interrupciones para traer bebidas frescas, un cenicero, fotos de amigos y eventos, regar una maceta del patio interior o enderezar alguno de los cuadros que visten la sala, Juan contaba que desde la década de los sesenta del siglo pasado organizaba “Fiestas para la Fiat, la Kaiser, la Renault... Organizaba las fiestas para los ejecutivos, y los que venían de afuera.... Te estoy hablando de gente que pesaba en la provincia... te estoy hablando de per-so-najes... gente grossa... también hacía fiestas muy grandes en Buenos Aires, en el *Lawn Tennis* ... para la confitería Oriental y la confitería Mitre”. Ante las preguntas por sus “comienzos”, explicaba que empezó “de casualidad, nunca trabajé con tarjeta, yo no figuro ni en la guía”. Antes, había trabajado de modelo de famosas casas de ropa masculina en su ciudad y en la capital del

país, aprovechando que era “muy buen mozo y elegante”, como se decía de él, aún en su vejez.

Estaba vestido con un pantalón y una camisa de lino, telas “nobles”, afeitado recientemente, muy perfumado y locuaz como era habitualmente. Sus relatos salían a borbotones, con detalles que se superponían atropelladamente y una suerte de reiterados “puntos suspensivos” frente a los cuales, uno tenía que “completar la línea de puntos” de lo que “faltaba”. Así, cuando hablaba de “... la época de los milicos...” era difícil saber si se refería a “la época de Lanusse”, “la de Onganía”, o “la del Proceso, los milicos milicos” como llamaba a la última dictadura. Como dijimos antes, para sus relatos es imprescindible usar la “y” en vez de la “o” que acabamos de emplear en la oración anterior. Juan relataba: “yo te digo, personalmente, a mí nunca me jodieron para nada... te levantaban para pedirte documentos, esa pelotudez, que era normal...”. Juan, recordaba como “a renglón seguido” esto y su contrario, A y no A. Por ejemplo, ante la pregunta “¿Pero te llevaban por ejemplo a la Comisaría, o no?” respondió: “No. A veces me llevaban pero me tenían una, dos horas y después te largaban...”.

Como respuesta a muchas preguntas contestaba “después te cuento”, nunca sabremos si era una manera de evadir las cuestiones y/o es que imaginaba futuros encuentros que nunca se realizarán, porque a los pocos meses lo mató un cáncer fulminante. Para no “borrar con el codo lo que hemos escrito con la mano”, creemos que ambas alternativas son veraces; y, sobre todo, intuimos que esa muletilla alude al carácter “sin final” propio de la narración.

Juan narraba saltando de asunto en asunto, de las fiestas, al “demostrado por averiguación de antecedentes” en virtud de estar “yirando”, a la “merca” (cocaína). Sobre ésta decía que la probó “acá, a los 18 años”, en la ciudad donde había nacido y se había criado, donde vivió casi toda su vida. Descontando sus viajes por todos los continentes, siempre habitó la casa donde estábamos conversando. Había vivido en ella primero con sus padres y hermana, luego solo, y ocasionalmente se instalaba allí algún amigo. La casa familiar estaba decorada por él con mucho esmero, repleta de plantas, obras de arte, antigüedades, detalles de diseño. Sobre la “merca” decía que no circulaba como ahora...”. Después contaba de “el Farmacia, amigo y proveedor”, y de cuando probó marihuana por primera vez, también con personajes de la noche local. Recuerda que consumían (él y sus amigos y amigos) LSD, ácido, Popper...”. A continuación, relataba que, para una

fiesta en su casa, maceró ácido y lo sirvió en tragos; después reconoce –porque sabe que lo sabemos a partir de relatos de una gran amiga suya– que lo hacía en otras fiestas que organizaba, *v. gr.* en una fiesta de casamiento a pedido del novio que sabía por cuentos de ese truco suyo para dejar a todo el mundo contento y “a las viejas chochas...”.

Era hijo de un matrimonio de “clase media acomodada” como se decía antaño, y vivió en medio de una familia de artistas y de tías solteras(onas) que lo mimaban y heredaron. Por una relación casi familiar, sabíamos de un proceso penal al que estuvo sometido por tenencia de drogas y ante el pedido de detalles narra “... me allanaron la casa... me encontraron con ácido... me dieron vuelta la casa... me llevaron a la Policía, al lado del Palacio Ferreyra”. Ahí dice como para adentro, como si estuviera recordando para sí episodios que presume conocemos, “nos picanearon... habían caído otros amigos...”. A seguir, cuenta que esa noche de la detención una señora muy conocida en la ciudad fue a la Policía y gritaba en la puerta “sueltan a esos chicos” y agrega “era en plena época del Proceso” (de Reorganización Nacional, nombre autoadjudicado a la última dictadura).

Más inquieto que de costumbre, se levantó otra vez diciendo “vamos a dar una vuelta”. Entró a su cuarto, buscando un abrigo y sacó el auto del garage. Siguió hablando mientras realizaba todos estos movimientos. Ya subidos al auto y saliendo del barrio residencial y tradicional en el que vivía rumbo al centro de la ciudad, prosiguió: “Tuve que hacer una apelación en la Justicia... Porque me allanaron y me encontraron con ácido... acá, acá en casa ... Te cuento, en ese momento, yo era muy amigo de una gente que era pariente del director general penitenciario... Yo tenía que hacer una apelación, me soltaron, pero tenía que hacer una apelación... una amiga mía se fue a Buenos Aires en avión y me llevó la apelación, firmada por el doctor S.”. Se refería a un prestigioso jurista, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad, exmagistrado, y referente indiscutido en su especialidad.

Seguimos en el auto camino a un bar y continuaba relatando sin pausa “... yo estaba suelto, ...suelto. Tenía que hacer la apelación, pero al presentarme, me iban a meter en cana, entonces qué es lo que hago: el director general penitenciario era amigo de unos amigos míos, de gente muy amiga mía. Yo no lo conocía, pero entonces, me dice la Pilar (una amiga) ‘mirá, aprovechá ahora de presentarte porque está el Colorado’ (así le decían sus allegados al director del Servicio Penitenciario), ‘...y bueno, por lo menos nosotros vamos a hablar

con el Colorado y bueno....' Y me decían 'el Colorado, el Colorado'; ... yo no lo conocía, en un momento dado, después de un mes y medio que yo tenía que presentarme y no me había presentado, me llama a casa y me dice 'Juan', me dice, 'perdoname que te llame a tu casa, vení que yo quiero conocerte, porque todo el mundo me pregunta por vos ... qué se yo y yo no te conozco. Entonces por favor vení que te quiero conocer, vení a comer conmigo...' Entonces, me dijo 'venite, presentate, yo te voy a dejar salir a trabajar'... todo eso... 'quedate tranquilo, no vas a estar preso' que esto que el otro...."

En estas rememoraciones, emerge la "astucia" de no presentarse, de esperar y hacer jugar su habilidad para comprender las cosas en ese imperio del terror y obtener provecho de las relaciones sociales de interconocimiento, evitando perjuicios mayores a los de estar procesado por una denuncia que estaba relacionada a otras relaciones sociales y familiares por las que creía se sospechó que podía estar "metido" (en un grupo guerrillero). ¿Y los otros que cayeron junto con vos? "Los otros zafaron porque no les encontraron nada...". Pero luego de las preguntas sobre a qué adjudicaba el allanamiento en su casa –en el que habían encontrado el ácido y por el que había sido denunciado y procesado– deslizó que tal vez fue por un primo suyo, con el que compartían el mismo nombre de pila y que estaba "metido", dijo: "...y hubo algo en una razzia... pero cualquiera podía caer". Relató además: "Mi hermana estaba metida, pero bueno... estudiaba historia."

Esta vez, sin dejar de hablar del tema, hablaba sin parar: "Bueno, me voy y me presento, allá en la cárcel, me presento y me instalan los guardias en el Pabellón 1 y me dan colchón y todo y encuentro unos conocidos y me pongo a preparar la cena... Ahí viene un guardia, 'interno Somoza' grita, 'por favor, acompañeme hasta la Dirección que lo llaman por teléfono'... ¿escuchaste bien lo que te digo? Escuchame bien, para que veas que tengo que hacer un libro, una novela... Bueno, voy al teléfono, el Colorado que me dice 'hola, cómo te va, ¿y adónde estás?'; 'En el Uno'; '¡Pero cómo vas a estar en el Pabellón 1, la puta que lo parió! A ver, dame con el que está con vos'. Entonces le digo al coso, 'quiere hablar con usted', era uno lleno de estrellas... Y ahí veo que 'sí señor, cómo no señor, sí señor. Hasta luego, señor, buenas tardes señor', pum, cortó. Entonces 'quédese acá', me dice, 'que le voy a mandar a buscar las cosas'. Y ¿sabés dónde me mandaron? Tienen como una casa, la cárcel tiene como una torre, y arriba de todo queda el baño y el dormitorio del Director... Ahí me mandaron,

veía toda la ciudad y abajo estaban todos, trabajaban todos ahí en la oficina, me miraban a mí como un bicho raro, porque no sabían qué mierda hacía yo ahí... Para colmo, se me ocurrió pintar la pieza... entonces pinté la pieza, le puse alfombras, puse plantas... si quería tomar café me lo traían... venía un chofer (agente que conducía un "móvil") a buscarme tipo 9 o 10 de la mañana... era un auto del Servicio Penitenciario, decía así: Servicio Penitenciario en la puerta (del auto)... y salía y podía laburar..."

¿Y cuánto tiempo estuviste ahí? "No sé, seis meses habré estado, una cosa así... mirá, me daba lo mismo estar ahí seis meses que cuatro años. .... Había otros que le planteaban (al director general penitenciario) que cómo podía ser que yo saliera a la calle, qué se yo, que si me llegaba a pasar algo.... Un día estaban en una reunión, eran como veinte te digo, y el subdirector de ahí que era un hijo de puta, que 'cómo puede ser...' y en esa reunión suena el teléfono, riingg, el secretario atiende 'sí cómo no, Sr. Ministro'. Y le pasa al director que dice: 'che, ¿no está el Somoza por ahí?'; 'No, pero ya te lo llamo'. ¿Escuchaste? Y yo estaba en la cocina con el cocinero de ahí que era un divino, y ahí 'Somoza, por favor, a la Dirección'... ¡Ay! digo, 'estamos hasta los huevos'. Y voy. Yo veía ahí a cuatro o cinco que se cagaban de risa entre ellos... me miraban y se cagaban de risa... 'Che', me dice el Colorado, 'es para vos'. 'Che', dice el ministro, 'cómo te va, che, ¿podrás venir esta tarde?' Y yo ahí le digo, 'bueno, le voy a preguntar al señor director'... 'dice el ministro si puedo ir', 'sí, cómo no, que mande el chofer nomás....' era para hacerle una fiesta...

¿Era para que organizaras una fiesta? Juan responde: "...una fiesta en la casa de él, sí". ¿Y vos lo conocías de antes al ministro? "Sí, claro, pero ellos, para hablar con ese guaso, le tenían que pedir audiencia. Y el guaso me llama a mí, ¡no lo podían creer!" En estos pasajes emerge su "altivez" en tanto sentimiento de superioridad y, en particular, el trato despectivo y distante que lo caracterizaba y que tuvo -cuando pudo- frente a los jerarcas "llenos de estrellas". Su "insolencia" y altanería se oía también en sus carcajadas y se podía apreciar en el brillo pícaro e irrespetuoso tan propio de su mirada, en su habla desenfadada y llena de "malas palabras" que se acentuaron mientras contaba este episodio.

¿Y en ese momento, en que vos seguiste trabajando, no había historia con tus clientes? ¿Nadie dijo no, mirá, vos estás en cana...? "¡Pero no, loca, la gente me llamaba a la Penitenciaría!... Oíme, la Teresa (una conocida señora de edad de una de las familias más tradicionales

de la ciudad) fue un domingo a verme a la cárcel, con un canasto de cosas y como no me encuentra, porque había salido, entonces se queja ante los guardias: ‘Pero cómo, si él está preso acá’... todos sabían...” Esto último es reiterado por una vieja amiga suya que cuenta que a media tarde, Juan solía llegar a su casa para tomar el té y venía en el auto de la Penitenciaría. Esta “separada”, hoy septuagenaria, que en la época trabajaba como maestra de una escuela pública y que completaba su salario como decoradora de interiores de muchas casas de empresarios, recuerda que las mismas familias que la contrataban a ella para trabajos de decoración lo llamaban a Juan a la “Cárcel” para que “les armara las fiestas de casamientos, aniversarios...”.

Departiendo en un barcito de una de las peatonales del centro histórico de la ciudad y ya cayendo la noche, en medio de comentarios sobre la gente que pasaba, sus atuendos y apariencias, recapitulaba: “Somos sobrevivientes de esa historia”; y ahí yuxtapone lo del Sida con “lo del Proceso”. Mientras, contaba, al mismo tiempo casi, que a un amigo suyo que trabajaba de empleado en una boutique “todas las semanas le hacía allanamiento en el Proceso”)...

Juan usaba otra muletilla “¿me entendés lo que te digo?”; ésa era su interpelación. Pensamos que esto se correlaciona con la presunción de que no estaba ofreciendo información ni proveyendo “data”, sino dando su experiencia. En esa dirección, es menester recordar al joven Benjamin (2007 [1913] del texto “Experiencia”), cuando reprochaba a los adultos que, con la máscara de la “experiencia”, imponían sus argumentos; no olvidemos que se trataba de un hombre viejo al momento de la narración que (re)trazamos.

Todo lo anterior se conjugaba con su insistencia en la frase “me he divertido mucho... nos hemos divertido mucho”, usando una primera persona del plural que remite a muchos otros personajes de la ciudad. Lo decía a propósito de las fiestas, los viajes y los cuentos que relataba jocosamente cuando terminábamos de tomar el café. Una fiesta “hecha” por otro amigo, que trabajaba como él organizando eventos, en la que el tipo contratado para hacer el asado perseguía a los invitados con el facón por toda la fiesta porque “todos estábamos borrachos y drogados...”. Otra fiesta en la que había puesto una muñeca de goma en el baño de su casa y los invitados la sacaron al living y bailaban con la muñeca. Otra en el Galpón (un salón de fiestas en el barrio militar) en la que había tanta “merca” que la parte más concurrida era “la fila india para ir al Baño”. Y otra, y otra.

### 3. Preguntar(nos) o cómo (no) contar el cuento?

*El que narra es un hombre que tiene  
consejos para el que escucha.*

WALTER BENJAMIN, *El Narrador*.

A partir de los fragmentos de vidas presentados aquí, y de otros tantos que este texto invoca como el de Mateos, miembro de una organización política armada que detenido en un campo de concentración, algunas noches, desfilaba “vestido de mujer” para entretener a sus compañeros varones y heterosexuales; o el de Lucas, empleado doméstico de una familia de élite provinciana que durante los días de carnaval se transformaba en una figura destacada del curso local, resulta posible observar las ambivalencias, (in)previsibilidades, y “estados de excepción” creados por el régimen dictatorial.

Aquello considerado disruptivo, perturbador y, particularmente, *subversivo* –en el lenguaje de aquellas épocas de terror– fue, al mismo tiempo, perseguido y tolerado, bajo (in)diferenciadas e (in)diferentes modalidades de represión y estímulo. Según pudimos observar, tanto durante la dictadura como en los subsiguientes primeros años democráticos, jerarcas de las Fuerzas Armadas y la Policía (re)produjeron sus lujos, festejos y etiquetas “civilizadas”, a partir del trabajo de determinados jóvenes homosexuales. Como parte de esa dinámica, los represores usufructuaron los talentos y capacidades para crear vestidos, ambientes refinados y fiestas glamorosas de jóvenes profesionales como Marcos o Juan. Sin solución de continuidad, los sometieron al terror (¿inefable?) de conocer en carne propia las detenciones arbitrarias, allanamientos domiciliarios y malos tratos corporales.

De los relatos (re)compuestos tan fragmentariamente como nos fueron confiados, emerge un esquioc de tramas sociales inconsútiles aunque desgarradas por la violencia, el terrorismo estatal, el miedo y las persecuciones cotidianas. En ese universo, pretendidas fronteras estables y bien trazadas entre los unos y los otros propias del mito, estallaban en un continuum de posiciones de vulnerabilidad, víctimas, actores destacados de aquel mundo social y acciones resistentes a la represión que nuestros entrevistados relataban en simultáneo. Las mismas prácticas sexuales, performances de género y modalidades de vida que resultaban una ocasión propicia para el ejercicio moralizan-

te y represivo del régimen dictatorial, eran privilegiadas a la hora de contratar a ciertos sujetos para la realización de trabajos específicos y ocasionales.

En esa atmósfera preñada de violencia, sujetos que participaban como subalternos en continuo riesgo estuvieron encargados de la producción del lujo y el glamur, “hacían de tripas corazón” e inventando coraje frente a situaciones de terror, a la vez que “hacían del vicio (la homosexualidad), virtud”. Marcos, Juan y tantos otros no se invisibilizaron discretamente como otros varones homosexuales de la época, sino que se expusieron al límite con performances y vestuarios que buscaban escandalizar la moral pacata de la misma sociedad provinciana que también valoraba su posición vanguardista, osada, audaz.

Esas vidas de varones infamados y afamados, hechas de homosexualidad y buen gusto “femenino”, fueran tenidas como menos peligrosas o, incluso, indignas de ser consideradas propias de combatientes guerrilleros. Quizá por ello, y no tanto por el capital social acumulado, aquellos sujetos pudieron gambetear de vez en cuando las prácticas más crueles del régimen dictatorial. Si su amaneramiento los hacía vulnerables también, y por las razones emparentadas, los tornaba menos peligrosos (que los militantes políticos y miembros de organizaciones armadas) o no tan *subversivos* a los ojos de los jerarcas que los contrataban en ocasiones.

Para intentar captar la ligazón inextricable entre esas contradictorias experiencias de sujeción y cómo los jóvenes entrevistados se tornaron sujetos (de estado dictatorial, de género, eróticos, y no de derecho), se impone retomar las contribuciones de Butler (1997), lectora de Foucault en *Mecanismos psíquicos del poder*. Son esas experiencias sociales de subjetivación/sujeción, que no pretendemos analizar aquí, las que no deben ser agravadas por una nueva marca deletérea que las infame. ¿Cómo no infamar a sujetos que almorzaron con un dictador, vistieron a la hija de otro, se beneficiaron de un régimen especial en la cárcel, organizaron las fiestas elegantes de un ministro o un jefe de Policía y, al mismo tiempo, sufrieron la persecución policial, la extorsión y la tortura?

La incitación a contar generada por el dispositivo etnográfico con sus “reglas metodológicas” y su *blues*, propició en los entrevistados una experiencia narrativa, una performance, que los empoderaba, y animaba a contar más, a prometer seguir relatando, a contar lo que nunca fue dicho o lo que merecía pasarse al registro escrito del libro,

a desplazarse por el ambiente y llevarnos a pasear en auto, como Juan, o llenarnos de humo y atenciones como Marcos. La experiencia del contar autorizaba –en el sentido de volver autor– a decenas de Marcos, Mateos, Lucas y Juanes entrevistados.

Insistimos en que es la interpelación etnográfica la que promueve a los sujetos devenir narradores y es por ello que debemos preguntarnos qué hacemos con los relatos que producimos *en y con* los entrevistados. El ejercicio que ensayamos en el trabajo de campo se aparta de considerar a los sujetos como “testigos” que –al modo de Heródoto– posibilitan hacer la Historia, y a sus dichos como “testimonios” que –tanto de acuerdo a la Religión cuanto a la Justicia– deben remitir a los hechos para posibilitar el descubrimiento de “La Verdad”.

Nuestra propuesta consiste en no sólo escuchar atenta y respetuosamente los cuentos de terror y glamur, que hicimos narrar, para construir con ellos una pieza de “conocimiento situado” (Haraway, 1995). Se trata de preguntarnos también por ese particular género en el que nos fueron confiados los relatos, cribados de silencios, de olvidos recurrentes, de imprecisiones respecto a fechas y lugares, plagados de contradicciones, donde sin solución de continuidad se afirmaba y negaba una misma “realidad”, y donde se narraba una experiencia y su contraria. Al solicitarles que nos contaran pasajes de sus vidas, reconocíamos a estos sujetos como dignos de tener una vida narrable. Desde esa posición privilegiada, construida en y por la entrevista, ellos nos enseñaban una moraleja que nosotros debíamos aprender. “¿Me entendés?” repetía inquisitoriamente todo el tiempo Juan, casi como desconfiando de nuestra capacidad para comprender el valor de lo narrado. ¿Quizá, antes que contar “una verdad” sobre el pasado o construir una “memoria” sobre los tiempos de antaño, las narraciones que disparamos y acompañamos, procuraban transmitirnos una experiencia?

No infamar supondría tomar en cuenta esa poderosa interpelación y abandonar, por ilegítima, cualquier imputación de veracidad o falsedad a unas palabras o gestos para negársela a otros. Como parte de esa tarea se impondría también la obligación de reflexionar sin las exclusiones de una lógica binaria, que no se correspondería con la experiencia vivida por esos sujetos, ni con la experiencia de la sociedad de la que formaron –y forman– parte ellos y nosotros. Conjuntamente con esos recaudos que procuran dar cuenta del fluir de la experiencia, de vivir y cultivar un *anthropological trance*, no infamar a

los sujetos supondría además preguntarnos por los “consejos” que, en tanto narradores contruidos performativamente en las entrevistas, nos transmitían.

Los cuentos de Marcos y Juan pueden enseñarnos, si estamos dispuestos a aprender, un repertorio de maneras de ser astutos, altivos, insolentes –según se pueda– frente al “estado de excepción”, organizado por los variopintos fascismos. Los sujetos entrevistados, a diferencia de tantos otros, pudieron “contar el cuento”, atravesaron *años difíciles* y construyeron vidas vivibles. Desde esa posición de (*sobre*) *vivientes*, tanto de la última dictadura como de la epidemia del sida, ellos nos pasaron saberes para seguir “contando el cuento”. ¿Cómo no infamar esas experiencias sin a la vez censurarlas, evitando la exposición que implica textualizarlas? ¿Somos capaces, al recontar, de actualizar los saberes que portan estos cuentos sin congelarlos en los marcos interpretativos provistos por las ciencias sociales? ¿Estamos a la altura de esos narradores, o seguimos actuando como enanos montados sobre hombros de gigantes?

#### BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, Walter (1991), “El narrador”, en *Illuminaciones IV*. Madrid, Taurus.
- (2007b), “Experiencia y pobreza”, en *Obras*, libro II, vol. 2. Madrid, Abada.
- (2007<sup>a</sup>), “Experiencia”, en *Obras*, libro II, vol. 1, Madrid, Abada.
- (2008), “Sobre el concepto de historia”, en *Obras*, libro I, vol. 2. Madrid, Abada.
- Bruner, Jerome (2003), “Los Usos del Relato”, en *La fábrica de historias. derecho, literatura, vida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Calveiro, Pilar (2008), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.
- Da Mata, Roberto (2010 [1974]), “El oficio del etnólogo. O cómo tener ‘anthropological blues’”, en M. Boivin *et al.* (eds.), *Constructores de Otredad. Una Introducción a la Antropología Social y Cultural*, Buenos Aires, Antropogafía.
- De Certeau, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano, I Artes de Hacer*, México, Universidad Iberoamericana.
- Gelman, Juan (2008), “Preludio”, en P. Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.
- Haraway, Donna (1995), “Conocimientos situados”, en *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Valencia, Cátedra.

- Madison, D. Soyini D. (2012), *Critical Ethnography. Methods. Ethic and Performance*, Londres, Sage.
- Malinowski, Bronislaw (1986), *Los argonautas del Pacífico occidental*, Barcelona, Planeta- Agostini.
- Taussig, Michael (2000), *Un gigante en convulsiones*, Barcelona, Gedisa.